

DOMINGO XVII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18, 20-32): *No se enfade mi Señor si sigo hablando.*

Salmo (137, 1-2a.2bc-3.6-7ab.7c-8): *«Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste».*

2ª lectura (Colosenses 2, 12-14): *Dios os dio vida, perdonándoos los pecados.*

Evangelio (Lucas 11, 1-13): *Señor, enséñanos a orar.*

La fe de Abrahán se le valora (o computa) como justicia, en cuanto obediencia de fe a Yahveh. La disputa que mantiene Abrahán con Yahveh a propósito del castigo de Sodoma, se encuentra en un marco judicial. Pero la función de los tribunales locales era, a menudo, examinar el comportamiento de un hombre sobre la base de su fidelidad comunitaria y declarar su inocencia o punibilidad.

El pecado de Sodoma y Gomorra es la violencia que destruye las relaciones comunitarias. Las diez personas que busca Dios en Sodoma y Gomorra son personas solidarias, capaces de edificar la comunidad renunciando a la violencia.

Abrahán se atreve a interceder por Sodoma porque confía en Dios. Las lecturas de hoy ponen de manifiesto la necesidad de la oración. Pero **¿por qué nos cuesta tanto a los cristianos orar?** La dificultad de la oración está en el corazón. Quizá no somos conscientes, pero en la actualidad, al presentar una imagen de Dios más plausible y gratificante, no nos damos cuenta de que lo gratificante no enseña confianza.

“La confianza en Dios presupone una historia de relación. Y en toda relación no solo existen momentos gratificantes, sino también conflictos (pecado, amenaza de pérdida, la libertad del otro que me impide pretender manipularlo...). Cuando nos atrevemos a vivir el conflicto y, en él, experimentamos su incondicionalidad, entonces la confianza se constituye en base de la relación y la comunión real (no ideal) permite caminar juntos y promover al otro en cuanto otro, manteniendo cada uno su identidad propia”. (José Ignacio Blanco)

En la Iglesia no son pocas las escuelas y métodos de oración. Pero la oración cristiana no se mide por el tiempo que dedico a ella. El tiempo dedicado puede servir al principio como método de disciplina. Pero la oración cristiana se mide por el grado de fe, esperanza y amor con que me dirijo a Dios. Y eso exige algo más profundo que el tiempo: la apertura de mi corazón a Dios y al prójimo. Si estoy en pleno éxtasis de oración y hay un pobre que llama a mi puerta, no cambio a Dios por el pobre. Cambio a Dios por Dios.

Jesús nos enseña y nos manda pedir con confianza total porque sabe que tenemos la tentación de controlarlo todo. Hay mucho racionalismo en los cristianos. Y el colmo es decir que no pido nada a Dios porque Él ya sabe lo que necesito y, de paso, la ciencia se ha encargado de decir que Dios no interviene. **¡Qué poca fe!** Y la falta de fe expresa un profundo infantilismo. ¿Qué imagen de Dios tiene el que niega la oración de petición? Desde luego, no tiene la de Jesús que no tenía nada de infantilismo.

Jesús dio un modelo de oración formulado y repetido por en la Iglesia por todos los creyentes desde sus orígenes y es la oración universal para todos los hombres que creen en algo superior. Desde una perspectiva universal, la palabra “padre” aplicada a Dios, puede servir bien de invocación a todos los hombres de todas las religiones.

El «Padrenuestro», es efectivamente la oración de todos y para todos. Nada hay en ella que impida recitarla a un musulmán, judío, budista, católico o protestante. Sólo se requiere “creer”. Esa oración nos hace tomar conciencia de nuestra condición, origen y destino, y del camino que debemos seguir para llegar a Él.

No es una fórmula fría. La oración del Señor expresa las más hondas aspiraciones del corazón y las elementales necesidades que tenemos en cuanto a hijos de Dios. Compromete al ser humano en su totalidad con alma y cuerpo. Tiene por contenido la alabanza confiada y familiar de Dios junto con la llegada de su Reino como petición principal y expone con realismo las necesidades humanas.

A la oración hecha así promete Jesús eficacia aunque no sea de inmediato ni según la formulación de nuestros deseos. La oración del Señor, como respuesta a la petición de los discípulos, tiene por contenido la alabanza confiada de Dios.

El Padrenuestro es la oración de la fe: en un Padre del cielo que hace a todos los hombres hermanos.

Es la oración del amor: santificado sea tu nombre.

De la sumisión confiada: hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

De la confianza total: danos el pan de cada día.

De la humildad: perdónanos nuestras ofensas como nosotros también perdonamos.

Y de la esperanza: no nos dejes caer en la tentación.

Es necesario orar, la oración es una formidable fuerza espiritual que está en todo momento a disposición nuestra. La oración desencadena una enorme energía espiritual que nos hace lograr lo que por otros medios es imposible y que solemos llamar “milagros”.

La oración consiste en relacionarse con Dios reconociendo su paternidad, nuestra dependencia y su amor.